



A la memoria de mi padre

il años ya, Castilla, madre mía,
y tu frente de reina persevera
tan niña y clara como el primer día
cuando a Santa María
rezabas desde el Castro de Valnera,

mientras tus ojos, faros de dulzura,
rodeaban los rumbos de tu rosa:
mar de Cantabria, el Pas en su angostura,
las brañas, la llanura
más allá de Espinosa, prodigiosa.

¡Oh tierra de mi sangre y de mi entraña,
tierra de mi apellido y mi semilla!
¡Oh bendita de Dios, verde montaña,
profecía de España,
prenda eterna de luz, alta Castilla!

Mil años ya. Tus miembros se extendieron;
mojan tus pies espumas africanas;
tus costados y brazos anchos fueron;
tus cabellos torcieron
su enmarañar por ínsulas indianas.

Y hoy, si tu bulto contemplar quisieras,
todo tu cuerpo recogido y prieto,
no verías sus lindes ni fronteras,
ni desde mil Valneras
dibujaras tu íntegro esqueleto.

«Tierra inmortal, Castilla de la muerte».
Jamás, Castilla de la siempre vida,
Castilla del castillo de la suerte,
ciego, invisible, fuerte
sobre la ruina dócil y ofrecida.

Ruinas en flor, castillos de Castilla;
sus pétalos, crujías y dovelas
huelen a sol y a luna, y a su orilla
muerden hierba amarilla
polvorientas merinas paralelas.

Mas no penséis que adoleció y que fina
flor que así se desciñe y se derrama.
Un nuevo tallo brota y se ilumina
creciendo de su ruina:
torre del homenaje, chopo o llama.

Castilla

Así es como te quiero, fresca y verde,
Castilla de mis libros escolares,
cuando la honda mirada se nos pierde,
¿quién que no lo recuerde?,
más allá de los siglos y los mares.

Estampas de color de mis muñecas,
acariciadas luego en la memoria.
Cotas y aljubas, grebas y jaeces.
Dichoso yo mil veces,
que no aprendí otra Patria ni otra Historia.

Es Fernán a caballo—arnés trenzado—
y el rey—sayo de seda—en la ventruda
mula, y la arena del revuelto vado
salpicando el violado
rostro de crasitud que se demuda.

Luz de mañana azul. Santa Gadea.
La palabra de Alfonso, oscura, y grave
el ceño de Rodrigo. Lisonjea
el sol y se recrea
aurivolando en diagonal la nave.

Allá Torre del Oro se levanta,
roja de alegre sangre y azulejos,
y un botalón de nao se adelanta,
las cadenas quebranta
y el Betis se bautiza de reflejos.

Consulado de Burgos. Raudas quillas
—curvan costillas las atarazanas—
atropellan Sanlúcares, Sevilla,
y en bordadas de millas
fuerzan las aguas del Estrecho canas.

Más allá, el sueño horrendo de Fernando
rasga el vientre a una nube de ceniza:
Cástor y Pólux, Géminis tronando.
Y el plazo va menguando
y el emplazado de pavor se eriza.

